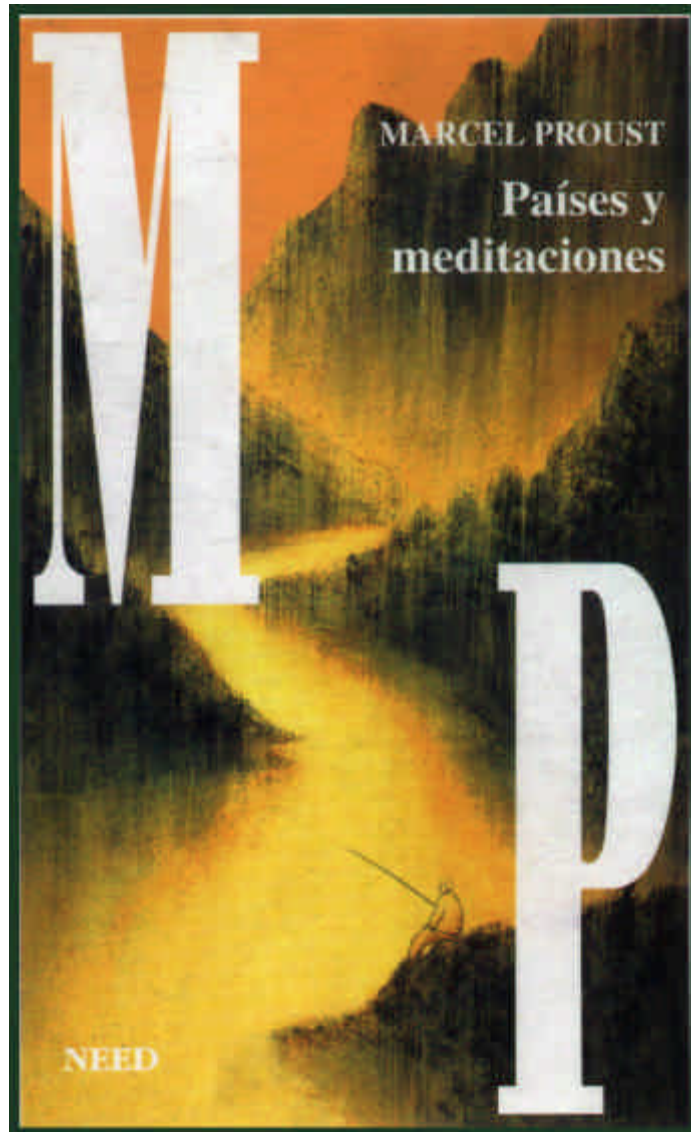


**LIBRO** dot .com

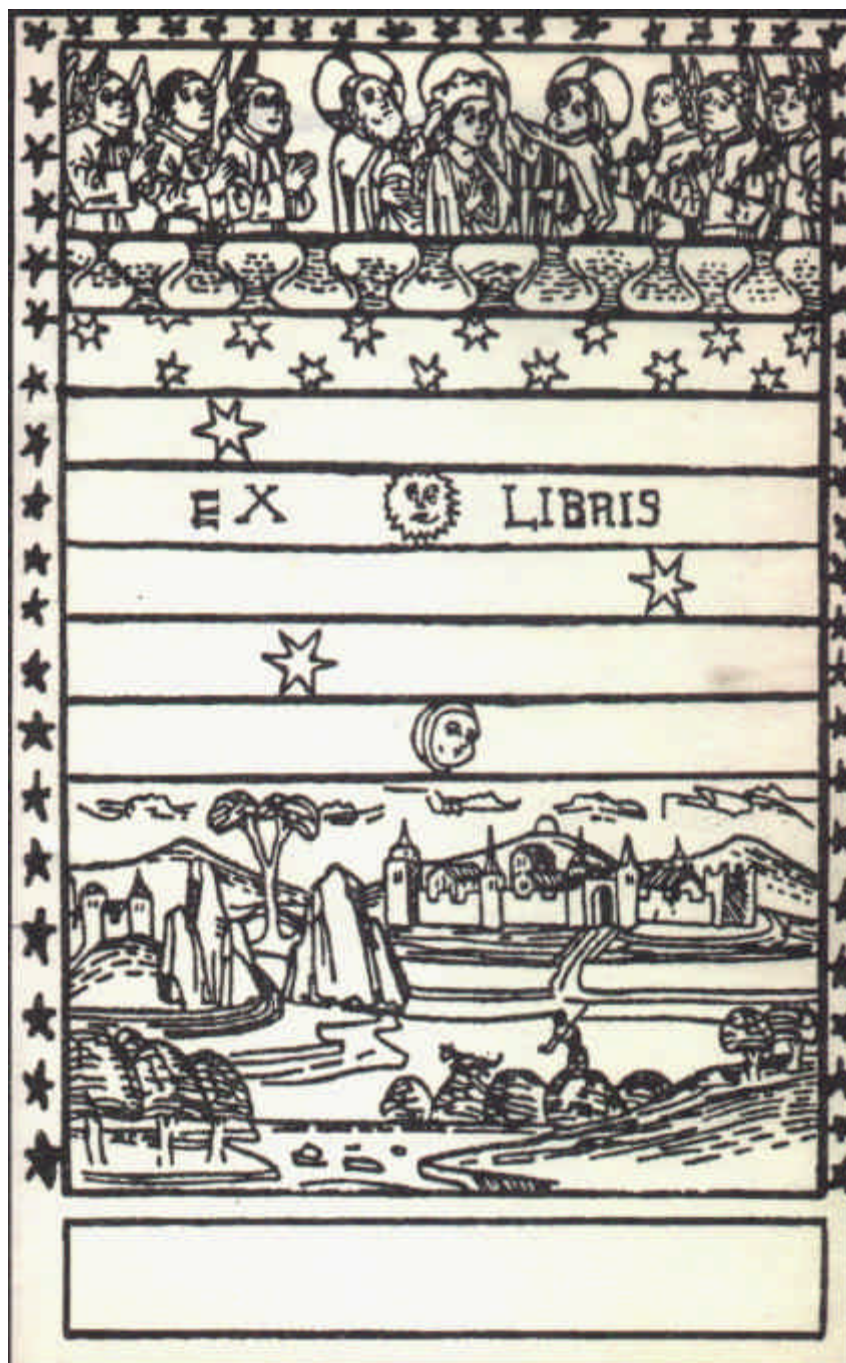
# Países y meditaciones

---

Marcel Proust



Digitalizado por **LIBRO** dot .com  
<http://www.librodot.com>



## Recuerdos de Marcel Proust

*Cuando yo era muy joven, él ya era un muchacho apuesto. Podéis confiar en el retrato que le hizo Jacques Émile Blanche. La boca fina, la sombra alrededor de los ojos, la cansada frescura, tanto las facciones como la expresión son realmente las del joven Marcel Proust. Más tarde Pierre de Guingand se pareció mucho a él. El aspecto de los ojos de Marcel Proust en la tela de Jacques Blanche, y el retrato que conservo en mi memoria son extraordinariamente semejantes; abiertos de par en par, más ansiosos que asombrados, y con una engañosa expresión de ingenuidad.*

*Yo era asidua concurrente a los miércoles de Madame Arman de Caillavet, y conocí a Marcel Proust en una época en que él tenía aún la apariencia de un adolescente, así como los modales y la cortesía, que no habrían tenido que sorprender a nadie, pero que sorprendieron a muchos, del joven que hace su primera comunión. Anatole France, bajo el disfraz de una campechanía condescendiente, le prestó vivo interés, mientras que la campechana Madame Arman (Anatole France no emplea nunca el de cuando habla de su amiga) fue más bien brusca en su manera de tratar al joven de amable semblante.*

*Una noche, Proust se presentó en la avenida Hoch con un compañero apenas menor que él y, como él, agraciado y de voz suave. Llegaron juntos, se despidieron juntos y juntos salieron del salón, con idéntica manera de andar. En cuanto se hubieron marchado, Madame Arman de Caillavet estalló como una nube de tormenta:*

*-¡Ah, no! Esto es demasiado -gritó- ¿Los han visto ustedes? ¡Comportarse como dos gemelos cariñosos! ¡Haciéndose arrumacos como un par de inseparables palomitas! ¡Ese chico va demasiado lejos! Se está exhibiendo deliberadamente... Y, si se empeña en chocar a la gente ¡al menos que no quiera ponerse en ridículo! ¿Qué opina usted, Monsieur France? Yo le pregunto, ¿Cree usted realmente que...?*

*¡Monsieur Anatole France! ¡Se lo digo a usted! ¿Por qué me mira de esa manera?*

*Finalmente nuestro unánime silencio la puso en guardia y se volvió en redondo. Detrás de ella estaba Marcel Proust, apoyado en una jamba de la puerta que acababa de abrir, perdiendo los delicados colores de sus labios y mejillas.*

*-He venido... Quiero recoger... -alcanzó a balbucir.*

*-¿Qué? ¿Qué quieres? -ladró Madame Arman.*

*-Un libro que me dio Marcel Schwob... ¿No le he dejado por algún lado?... Allí, en el*

*sillón... Siento tanto haberles molestado...*

*Logró reunir las fuerzas suficientes para recoger él libro y salió a todo escape.*

*El silencio que siguió no fue agradable para ninguno de nosotros. Pero nuestra intrépida anfitriona tardó muy poco en liquidar la cuestión con un encogimiento de sus rotundos y desnudos hombros, cubiertos de brillantes:*

*-¡Bueno! ¡Bueno! ... No se pudo evitar ¿no?*

*Cuando volví a verlo, en el "Hotel Ritz", donde él vivió durante la guerra, su enfermedad y el paso de los años habían efectuado un rápido trabajo. Su agitación y su palidez parecían resultado de alguna terrible pelea interior. Vestido de etiqueta, de pie en el débilmente iluminado pasillo, en el corazón de un París oscurecido, Marcel Proust me saludó con temblorosa alegría. Sobre su frac llevaba una capa sin abrochar. La expresión de la blanca y arrugada pechera de su camisa, y las convulsiones de su corbata, me asustaron tanto como las lívidas huellas bajo sus ojos y alrededor de la boca, negruzcas e indiscretas manchas que una enfermedad distraída había dejado impresas para siempre en su semblante. La misma solicitud y los mismos corteses modales que había mostrado durante toda su vida, seguían acompañando sus ademanes y palabras, como morbosos residuos de su primera juventud. Ofrecían una bebida o alargaban una golosina con la misma incertidumbre grave de un muchacho de dieciséis años. Como muchas personas excepcionalmente delicadas, había dejado de sentir fatiga en el momento en que sus compañeros rebosantes de salud empezaban a dar muestras de cansancio. Recuerdo ciertas veladas pasadas más tarde en compañía de Madame Ana De Noailles... La imagen de Proust acudía a mi memoria cuando la miraba a ella, algo reclinada en su sillón, pálida, centelleante, con la nariz fruncida, los hombros menudos encogidos bajo un chal, brindado hasta el amanecer a los presentes y también a los ausentes, un justo tributo de flores y de dardos, de guirnaldas y de juicios sin apelación...*

*A las dos de la madrugada, al marcharse los invitados de Proust, éste se empeñó en acompañarlos. Había un viejo simón soñoliento en la Place Vendôme, y Marcel Proust quería pagar al conductor para que nos llevara a casa, pues éramos sólo cuatro o cinco personas. Después insistió en acompañarnos a nuestras respectivas casas. Pero yo vivía en el corazón de Auteil, y ni el cochero ni el caballo estaban en edad de hacer un viaje tan largo, en una oscura noche de tiempos de guerra. Para que Proust no sintiese remordimiento ni lamentase mi suerte, le conté que, como no andaba muy bien de la vista, en ocasiones cuando volvía a mi casa muy tarde por las noches, me detenía bajo uno de los faroles azules de la place de la Concorde y me descalzaba, y después de atar los zapatos y las medias en un pequeño bulto, hacía el trayecto*

*entre el Cours-la-Reine y el bulevar Suchet fiándome en mis descalzos y exploradores pies.*

*Nuestro anfitrión me escuchó, frente a la columnata del Ritz. El silencio de la noche y la niebla que empañaba la vista de la plaza formaban alrededor de Marcel un halo perfectamente adecuado a su decadencia y prestigio. Con el sombrero de copa echado hacia atrás, un gran mechón de pelo cubriéndole la frente, ceremonioso y desgreñado, parecía un invitado joven y ebrio saliendo de una boda. La velada luz que salía del vestíbulo de entrada, y el reflejo blanco y teatral de la pechera de su arrugada camisa iluminaban su mentón y las curvas líneas de sus cejas. Le divirtió mucho mi cuento de la pordiosera descalza y, cuando exclamó: "¡No! ¿De veras hace eso?", una sonrisa que no sería capaz de describir, una especie de asombro infantil, remodeló todas sus facciones. Cuando por fin nos despedimos de él, retrocedió, nos dijo adiós con una mano lánguida y pálida, y una vez más la noche se alejó en las profundas cuencas de sus ojos y llenó de ceniza el negro óvalo de su boca, jadeante en busca de aire.*

*Colette*

## *Respuestas de Marcel Proust a un cuestionario a la edad de veinte años*

-¿El principal rasgo de mi carácter?

La necesidad de ser amado y, para precisarlo más, la necesidad de ser acariciado y mimado más que de ser admirado.

-¿La cualidad que prefiero en un hombre?

Que tenga encantos femeninos.

-¿La cualidad que prefiero en una mujer?

Virtudes varoniles y franca camaradería.

-¿Lo que más aprecio en un amigo?

Que sea tierno conmigo, si su persona es tan exquisita que se incline a dar un gran valor a la ternura.

-¿Mi principal defecto?

No saber ni poder "querer".

-¿Mi ocupación preferida?

Amar.

-¿Mi sueño de dicha?

Temo que no sea muy elevado. No me atrevo a confesarlo y temo destruirlo diciéndolo.

-¿Cuál sería mi mayor desgracia?

No haber conocido a mi madre y a mi abuela.

-¿Qué quisiera ser?

Como me quisieran ver las personas a las que admiro,

-¿En qué país desearía vivir?

En aquel donde ciertas cosas que yo quisiera se realizaran como por encanto... y donde las ternuras fueran siempre compartidas (el subrayado es de Proust).

-¿El color que prefiero?

La belleza no está en los colores sino en la armonía.

-¿La flor que prefiero?

La misma que usted.. y después todas.

-¿El pájaro que prefiero?

La golondrina.

-¿Mis autores favoritos en prosa?

Actualmente, Anatole France y Pierre Loti.

-¿Mis poetas preferidos?  
Baudelaire y Alfred de Vigny.

-¿Mis héroes de ficción?  
Hamlet.

-¿Mis heroínas favoritas de ficción?  
Fedra (borrado por Proust). Berenice.

-¿Mis compositores preferidos?  
Beethoven, Wagner, Shuhmann (sic).

-¿Mis pintores predilectos?  
Leonardo da Vinci, Rembrandt.

-¿Mis héroes de la vida real?  
Los señores Darlu y Boutroux.

-¿Mis heroínas históricas?  
Cleopatra.

-¿Mis nombres favoritos?  
Sólo prefiero uno por vez.

-¿Qué detesto más que a nada?  
Lo que hay de malo en mí.

-¿Qué caracteres históricos desprecio más?  
No soy lo bastante culto para responder.

-¿Qué hecho militar admiró más?  
El haberme presentado voluntario.

-¿Qué reforma admira más?  
(Marcel Proust no contestó a esta pregunta).

-¿Qué dones naturales quisiera tener?  
Voluntad y seducciones.

-¿Cómo le gustaría morir?  
Siendo mejor... y amando.

-¿Estado presente de mi espíritu?  
Enfadado por haber pensado en mí, para responder a estas preguntas.

-¿Hechos que me inspiran más indulgencia?  
Los que puedo comprender (respuesta subrayada por Proust).

-¿Mi lema?

Temería mucho que pudiera alcanzarme el infortunio.

*De Confidencias de Salón*  
(París, Lesueur-Damby, editor, 19 rue de Bourgogne).  
*Este álbum pertenece a Edward Watermann.*



## *En torno a Proust*

"Era particularmente notable la espesura de su cabello negro y desmelenado, la larga y aquilina nariz que le daba un aspecto oriental -parecía francamente asirio cuando se dejó crecer la barba-, y los inmensos ojos oscuros que no revelaban ningún sentimiento, pero que parecían, según se paseaban por los presentes, dos reflectores preparados para absorber todo rayo visual que pudiera llegarle del exterior. De sus labios, a menudo torcidos por una sonrisa inteligente y despectiva, salía una voz sumamente particular un poco pueril, graciosa, gentil, cargada de mil inflexiones curiosas. Me recordaba esa manera pegajosa de los niños cuando nos pasan sus manitas por la cara y las ropas. Su voz lo desnudaba bastante; lo mostraba a la vez sensual y un poco tímido. Era un observador despiadado. Buscaba arrancar secretos de las cosas y de los seres. Así, Reynaldo Hahn describe cómo, mientras se paseaban un día de la última década del siglo por los Jardines de Révillon, la quinta de madame Lemaire, Proust se detuvo y preguntó, suavemente, como excusándose, si molestaría a Reynaldo que él se quedase atrás un momento; "Quiero echar un vistazo a aquellas rosas", dijo. Cuando Hahn, después de un prolongado paseo, regresó al mismo lugar, encontró a su amigo contemplando todavía las rosas en actitud de profunda meditación, mordisqueando pensativamente una punta de su bigote.

Muchos años después, en abril de 1912 cuando ya estaba muy lanzado en busca del tiempo perdido, aunque ningún tomo de esa obra inmensa se había publicado, los hortelanos de Rueil, un pueblecito cercano a París, quedaron asombrados al ver pararse un taxi, del que salió un hombre delgado, cetrino, desmelenado, que llevaba un abrigo forrado en pieles sobre una camisa de dormir. Era una tarde fría, lluviosa; se habló de llamar a la policía..., el pasajero y el conductor, tenían un parecido alarmante con un par de los notorios bandidos motorizados de la época. Pero una vez que el extraño pasajero hubo mirado larga y fijamente a las filas de los manzanos florecientes que se veían al otro lado de un campo fangoso, subió a su asiento y el taxi se alejó. Proust había llegado hasta allí para documentarse para su último capítulo y había captado la impresión exacta que necesitaba: "Hasta donde la vista alcanzaba (los árboles) estaban en plena floración, escandalosamente lujuriantes, vistiendo trajes de gala y con los pies en el fango". Y ahora podía volver a su casa para acostarse.

Cuando Marcel Proust inició la búsqueda del tiempo perdido, fue la eternidad lo que descubrió, más bien que su propio pasado; tal como la podemos percibir, con los pobres medios a nuestra disposición, durante esos momentos de visión que nos impresionan cual destellos de relámpagos y nos dejan irradiados y cambiados para siempre. Desde luego el autor de estas "crónicas", ni intentó ser el retratista o cronista de la sociedad moderna de entre 1890 y 1910, que muchos de sus lectores, siguiendo a ciertos biógrafos y críticos, creen que fue. Del hombre que escribió en uno de sus cuadernos "Tengo la clara visión de la vida hasta el horizonte; pero solamente lo que está más allá es lo que me interesa describir" no se podía esperar una reproducción realista, detallada, de la escena social que tenía ante sus ojos. Como Balzac, Proust fue un artista visionario. El mundo que impuso a sus lectores fue el que llevaba dentro de sí: el de un niño enfermo, demasiado sensible, a la vez muy consentido y maravillosamente dotado, que rompe sus juguetes en cuanto ya no le son útiles o han dejado de complacer su fantasía.

En el "Diario de un desconocido" Cocteau hace un penetrante análisis de Proust y dice: "Está fuera de duda que Proust percibió el tiempo verdadero, las falsas perspectivas que presenta y nuestra imposibilidad de imponerle nuevas... Está ligado con demasiada avidez a una eglantina, a un espinillo, a una mesa de hotel, a una partícula de polvo, a un vestido para escaparse. Sin duda es legítimo, ya que él no procura sino vencer al realismo".

Proust fue un autor dedicado a la búsqueda de la verdad. Por eso merece mejor suerte que ser víctima perenne de la mala información y del error acerca de sus intenciones y logros".

*Peter Quennell*

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

